

Eduardo Asensio

EL JUEGO INFINITO DEL AZAR



1^a edición: diciembre de 2023

© Eduardo Asensio Cameselle

Editado por La Rosa de Papel, 2023
C/ Toro, núm. 3, bajo, 30005 - Murcia
Tel. 659-178445 - info@larosadepapel.com

ISBN: 978-84-18611-21-6

Depósito Legal: MU 1260-2023

Conforme a la legislación en vigor, y bajo las sanciones en ella tipificadas, queda totalmente prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta obra, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica, o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin el previo y expreso consentimiento por escrito de su autor. Todos los derechos reservados.

Para Inma,
por su paciencia y amor
mientras me dejaba escribir bajo una sombrilla.

Para Isabel,
por sus sabios consejos y sus ácidos comentarios.

Para Mario y Marco,
para que pronto me dejen escribir el segundo
sin tener que esconderme en el coche.

Y para Fran, mi editor,
por su confianza sin la cual nada de esto hubiera sido posible.

0

La entrevista

—¿Comenzamos? —pregunté con las manos sudorosas.

—Cuando quieras. El ritmo lo marcas tú —respondió el periodista.

Inspiré hondo, bebí un poco de agua de la botella que tenía sobre la mesa y asentí con la cabeza a modo de confirmación.

—¡Vamos allá! —exclamó él dispuesto a tomar notas—.

¿Cuál es tu nombre completo?

—Mark Allen.

—¿Cómo te sientes desde tu ingreso?

—Mejor, más tranquilo y relajado. La medicación ayuda mucho.

—Cuéntame lo ocurrido durante las semanas anteriores a tu detención.

—Lo único que recuerdo con claridad es la imagen de Ywen en la cama, el resto no tiene sentido, está desordenado.

—¿Asumes lo que hiciste?

—Por supuesto. Aquí dentro tienes mucho tiempo para pensar y reconciliarte contigo mismo, de lo contrario no sobrevives.

—¿Eras consciente de la gravedad de tu comportamiento?

—Nunca.

—Aunque no recuerdes mucho sobre los detalles, ¿qué opinas de tus actos? ¿Cómo te hacen sentir?

EL JUEGO INFINITO DEL AZAR

—Me parecen repugnantes, solo imaginar algo así es impropio de un ser humano.

—Sin embargo, aquí estamos hablando sobre ello, ¿no?

—Por desgracia sí, aunque eso no cambia el hecho de que nunca debió haber ocurrido ni de que fuese obra de un monstruo.

—¿En algún momento creíste que algo así podría suceder?

—No, me confié por completo.

—¿En ningún momento tuviste miedo, ni siquiera cuando sentiste que entró en tu casa?

—No lo vi venir hasta que fue demasiado tarde. Aún hoy, cuando echo la vista atrás, me parece algo imposible.

Junto con mi respuesta el teléfono del periodista comenzó a sonar, comprobó quien le llamaba y pidió permiso para contestar antes de salir al jardín en busca de un poco de intimidad. Pasados unos minutos volvió de nuevo con ánimo de continuar.

—Perdón por la espera, ¿seguimos?

—Por mí, adelante —afirmé mientras él rebuscaba entre sus notas por dónde iba.

—¿Qué cambiarías si pudieses volver atrás? —prosiguió con la entrevista.

—Todo.

—¿Algo en particular?

—Cualquier detalle.

—¿Por ejemplo?

—El que fuese. Con un amigo lo resumí como el juego infinito del azar. Por culpa de ese azar hice algo tan macabro y ahora estoy aquí encerrado.

—¿Tan importante resultó cada detalle?

Eduardo Asensio Cameselle

—Por separado no, pero dentro del conjunto de acontecimientos, con tan solo cambiar uno de ellos, se habría roto la cadena y el resultado final hubiese sido distinto. Son esas pequeñas cosas las que, en suma, provocan cada consecuencia. Si no hubieses contestado la llamada anterior ahora mismo hablaríamos de otra cosa. Aceptar esa llamada condiciona todos los acontecimientos posteriores, incluso los que ocurrirán en un futuro lejano —expliqué a la vez que me frotaba de nuevo las manos.

—Pareces incómodo, ¿quieres que paremos? —preguntó al darse cuenta de mi gesto.

—No hace falta, tan solo necesito unos segundos para recuperar el aliento. A pesar del tiempo transcurrido son recuerdos muy dolorosos —me lamenté por todos los sentimientos que afloraban conforme avanzaban las preguntas.

El periodista, algo descolocado, limpió sus gafas e intentó cambiar de tema.

—Háblame de tu ceguera. ¿Cuál es el término médico?

—Acromatopsia adquirida.

—¿Cómo afecta a tu vida?

—El mundo cambia por completo. Pasas de ser una persona normal a una triste y gris. No solo altera la vista, sino también el resto de sentidos y pensamientos. Todo huele peor, sabe mal y es más áspero.

—¿Influyó en tus actos?

—Sin duda, fue el inicio de todo.

—Respecto a la prensa, te ha apodado con el sobrenombre de «El Monstruo Gris». ¿Lo sabías? —continuó tras sacar un periódico de su bolsa en donde se podían leer esas palabras en la portada.

—Sí —contesté con una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó sorprendido por mi gesto.

—No, sonrío porque es tan absurdo como todo lo demás.

—¿Cuál es tu opinión sobre esos titulares?

EL JUEGO INFINITO DEL AZAR

—Un patético reclamo para vender más y hacer programas de televisión.

—¿Aquí te llaman así?

—Algunos, no muchos.

—¿Te molesta?

—No.

—¿Por qué “El Monstruo Gris”?

—Es evidente, por la atrocidad que cometí y por mi forma de ver el mundo.

—¿Qué apodo habrías elegido tú?

—Nunca me lo he planteado —respondí tras pensarlos unos segundos.

Absortos en nuestra simbiosis pregunta-respuesta comenzó a sonar la alarma que indicaba el final de la visita. Dos pitidos que interrumpieron una conversación, durante la cual, sentí que mi historia podría cobrar sentido al ser contada.

—Debemos dejarlo aquí —murmuró decepcionado—. Fueron muy estrictos con el tema del horario.

—Lo siento —contesté—. ¿Ha sido suficiente?

—Creo que sí, aunque lamento el tiempo perdido en la llamada de teléfono.

—Si necesitas aclarar algo, no dudes en concertar otra visita —le ofrecí sincero.

—¿Estarías dispuesto?

—Claro, no voy a ir a ningún sitio a medio plazo —agregué resignado.

El reportero, guardó el periódico y su bloc de notas en la bolsa, se la colgó al hombro y se levantó con una sonrisa al tiempo que dos vigilantes del centro se acercaban a él para acompañarle a la salida.

Minutos después de su marcha, mientras observaba el fin de otro día más encerrado en mi habitación, sentí cómo nuestra

Eduardo Asensio Cameselle

charla había resultado ser una conexión terapéutica inesperada. Por extraño que pareciese, la entrevista me ayudó a recordar de nuevo que no podemos controlar mucho más allá de algunos pequeños detalles de nuestras vidas, lo cual mitigaba en parte la culpa que me afligía desde que todo comenzó.

1

El accidente

Parte 1

Nuestras miradas se cruzaron al subir en el autobús. Un breve instante fue suficiente para que esa mujer despertase mi curiosidad. Su rostro me resultaba muy familiar, pero antes de que pudiese recordar de qué, se perdió entre el resto de pasajeros.

No volví a verla hasta que se levantó tras escuchar el aviso de una de las paradas. Se aseguró de que era la suya y se acercó a la puerta central del autobús. En la calle, comenzó a caminar hasta que desapareció entre la multitud.

Decepcionado por no conseguir ubicarla en mi memoria, apreté fuerte los párpados y me centré de nuevo en mi trayecto.

—¡Buenos días! —saludé al entrar en la oficina.

—¡Buenos días, Mark! —contestó exuberante Ywen.

Su enérgico saludo me produjo una agradable sensación de alivio, pues desde la accidentada cena de empresa, se mostró mucho más triste y decaída de lo habitual.

Esa mañana debía tratar con Will un asunto espinoso, no sin antes asegurarme de que tanto Ron como ella trabajaban de forma correcta.

—¡Ron! ¿Cómo va el paquete de la semana pasada? —pregunté al comprobar que llevaba unos días de retraso.

EL JUEGO INFINITO DEL AZAR

—En un par de horas lo tendré listo —respondió sin apartar la vista de su pantalla.

Con ambos dedicados por completo a sus tareas cogí el teléfono fijo de mi mesa y llamé a Will.

—Dime, Mark, ¿qué tal? Cuántos días sin hablar —contestó tras un par de tonos.

—Bien. ¿Y vosotros?

—También. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Se trata de Laura, no ha venido hoy a trabajar y debo notificarlo, ¿necesitas que envíe algún documento?

—No es necesario, lo introduzco en el sistema ahora mismo y listo, dame un segundo, no cuelgues.

Conforme esperaba, intenté comprobar los emails del día anterior. Apenas había tecleado la contraseña cuando sentí vibrar mi móvil en el bolsillo. Era una llamada desde un número que no estaba en mi agenda. Con un teléfono en cada mano vacilé durante unos instantes si colgar a Will o dejar que la otra llamada se perdiese.

—¿Mark? ¿Sigues ahí? —preguntó Will de imprevisto.

—Aquí sigo —contesté dando por perdida la otra llamada.

—Gestión realizada, aunque me temo que las consecuencias para Laura no van a ser buenas.

—¿Por? Es la primera ausencia sin justificar desde que está conmigo.

—Al parecer realizó algunos trabajos para otro departamento donde debió de tener algún problema y el sistema ha gestionado de forma automática su despido.

—Qué pena, parecía bastante competente.

—Las normas están claras en todos los contratos. No debería llevarse ninguna sorpresa. Hubiese bastado con avisar.

—No podría estar más de acuerdo. Gracias por el trámite, si tengo que ponerme a llenar informes me da algo.

Eduardo Asensio Cameselle

—De nada hombre, para lo que necesites ya sabes dónde encontrarme. Por cierto, ¿qué tal está Emily?

—Fenomenal, cada día más guapa —sonréí feliz.

—Me alegro amigo, dale recuerdos y cuídala bien, ahora te necesita más que nunca —añadió a modo de despedida

Nuestra conversación sembró la duda en mi mente sobre la posibilidad de que Laura hubiese avisado sin que lo recordase, una opción que descarté de inmediato para evitar que volviesen de nuevo fantasmas del pasado.

Con el problema de Laura resuelto, miré el reloj con la intención de llamar a Emily, pero a esa hora debía de tener el teléfono apagado, de manera que continué con la lectura de los correos electrónicos que tenía pendientes.

—¡Mark!, vamos a la cafetería, ¿nos acompañas? —preguntó Ywen a la hora del descanso.

—No, me quedo, pero si podéis, traedme un café solo —pedí sin ocultar el agotamiento que sentía.

—Hecho, luego lo subimos —respondió antes de salir del despacho tras Ron.

Al quedarme solo en la oficina recordé la llamada recibida mientras hablaba con Will que no pude atender. Decidido a devolverla, un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Hospital St. John, ¿en qué podemos ayudarle? —contestó una voz de hombre al otro lado.

—Buenos días, tengo una llamada perdida de este número.

—Indíqueme su nombre, por favor.

—Mark Allen.

—Un momento, señor Allen, voy a indagar quién le ha podido llamar.

Antes de terminar su frase comenzó a sonar una melodía de espera que se cortó, junto a la llamada, a los pocos segundos.

EL JUEGO INFINITO DEL AZAR

Sin tiempo para recuperarla, Ron e Ywen regresaron con el vaso de café y una bolsa de magdalenas caseras.

—¿Quieres una? —preguntó Ron al entrar.

—No, gracias —contesté con un nudo en el estómago.

Ansioso por recuperar la conversación con el hospital, salí al pasillo con la esperanza de volver a contactar con ellos.

Cabizbajo, entré en el servicio de caballeros acompañado por el mismo sentimiento desagradable anterior. Por algún motivo, aquello me preocupaba sobremanera a pesar de tener claro que se trataría de alguna confirmación de cita médica o alguna encuesta rutinaria.

Frente al espejo del lavabo, observé con tristeza el reflejo gris de mi rostro del que ya casi no era capaz de recordar sus colores. Sobre pasado por esa imagen, intenté despejarme con inspiraciones profundas, momento en el que, por fin, el teléfono comenzó a sonar.

—Sí? —respondí al comprobar que era el número del hospital.

—Buenos días. Quisiera hablar con el señor Allen —dijo esta vez una voz de mujer.

—Soy yo.

—¿Es usted familiar de Emily Allen?

—Sí, soy su marido —contesté angustiado.

—Lamentamos comunicarle que su mujer ha sufrido un accidente de tráfico.

—¿Cómo?! ¿Un accidente? ¿Es grave? —pregunté ansioso.

—Lo siento, señor Allen, pero no dispongo de esa información.

—Está embarazada, ¿lo saben? —me lamenté sin conocer si la mujer había finalizado la llamada.

Junto a su silencio, una sensación de irreabilidad comenzó a invadir mi cuerpo. No sentía las manos como propias y mis piernas comenzaron a temblar.

—¿Hola? —pregunté con la espalda apoyada en la pared, incapaz de mantenerme en pie.

—Sí, sigo aquí —contestó la mujer con voz entrecortada.

—¿Está viva? ¿Y el bebé?

—Señor Allen, no podemos darle más información por teléfono, lo mejor es que venga a la segunda planta del hospital, allí podrán darle todos los detalles.

Terminada la conversación, corrí todo lo que pude de vuelta a la oficina.

—¿Qué ocurre, Mark? —preguntó Ywen al verme entrar desencajado.

—¡Emily ha sufrido un accidente! Debo irme ya —respondí alterado mientras buscaba mis llaves en uno de los bolsillos de la chaqueta que tenía colgada del respaldo de la silla.

—¿Cómo vas a ir? —preguntó preocupada.

—No sé, en autobús o en taxi —balbuceé sin saber que hacer.

—¿Te llevo yo? —se ofreció sincera.

No hizo falta contestar a la pregunta. Decidida, se colgó el bolso al hombro y me acompañó al ascensor.

—Tengo el coche en el parquin. Vete a la puerta principal y espérame allí.

